

# La habitación de los monstruos

Autor: James Sunderland / Salva

No reconozco la imagen que se refleja al otro lado del espejo. Miro y mi reflejo me presenta a un completo desconocido, cuyo aspecto dista mucho del que estoy acostumbrado a registrar de manera matutina en mi retina. Soy incapaz de reconocermelo. Mi mente me dice insistentemente que aquel individuo que se encuentra al otro lado del espejo, no soy yo. Sin embargo, la imagen que devuelve el reflejo del cristal se empeña en intentar demostrar lo contrario. Destellos luminosos han dado paso a las más oscuras de las sombras. Donde había luz, tan sólo queda oscuridad. Ni siquiera puedo apreciar un resquicio de aquello que pude ser. El recuerdo de aquel que fui resuena en mis recuerdos como un eco lejano. En estos momentos, únicamente tengo la absoluta certeza del estado de locura y apatía que decidió ser mi compañero de viaje. En la habitación a simple vista nos encontramos yo y mi reflejo, no obstante me siento en la indeseada compañía de pequeños monstruos invisibles, horribles no sólo en lo que refiere a su apariencia física. En mi imaginación también suena una siniestra música que parece acontecer las funestas acciones a las que en un futuro nada lejano, deberé enfrentarme. Paradojicamente asomé tímidamente al pozo de la locura en una mañana donde la luz del sol bañaba hasta los rincones más recónditos. Pero la oscuridad esperaba agazapada, pacientemente, invisible pero predecible, a absorberme y hacerme descender a los infiernos como Dante. No tardó en llamar a mi puerta, dejándome el tiempo necesario para aceptar que su visita era tan inminente como necesaria. La luz me cegaba y sentía un calor abrasador que me quemaba por dentro. Irreconocible al tacto, tan sólo yo era capaz de sentirlo en mi interior. Siento que me ahogo en un mar únicamente formado por aire. Nado a contracorriente luchando contra gigantescas olas invisibles. Mi razón es un barco naufragado que yace en el fondo del mar, guardando en sus entrañas tesoros en forma de recuerdos de momentos pasados de absoluta felicidad.

Un monstruo grande, oscuro, grotesco, llamado desesperanza ha comenzado a devorarme lentamente. Luché con todas mis fuerzas convenciéndome de que

cerrando los ojos y con la arrebatadora fuerza del deseo, éste desaparecerá. Pero le siento allí conmigo, sus fauces cada vez penetran en mí a más profundidad. Contra más siento hundirse en mí sus invisibles y afilados dientes, más lejos me siento de la superficie. Intento gritar pero la desesperanza enmudece mi auxilio. Al borde del abatimiento, casi me dispongo a bajar los brazos, en señal de rendición. Aún con los ojos cerrados, visualizo la sonrisa maquiavelica y triunfal de la desesperanza. Se sabe y se siente vencedora de esta cruenta batalla. En un último destello, caigo en la cuenta de cuál es el punto débil de la desesperanza. El tiempo, ese juez imparcial que demuestra que el poder de la desesperanza era un mero espejismo importado del infierno. El tiempo, juez imparcial, me dota del mejor y más eficaz antídoto contra la desesperanza: Desperté.